

Domingo XXXI del TO
Ciclo B



3 de noviembre de 2024

Deut 6, 2-6

Sal 17

Heb 7, 23-28

Mc 12, 28-34

P. Eduardo Suanzes, msps

Antes de este episodio, los saduceos se acercaron a Jesús para ridiculizar a los fariseos con el tema de la resurrección, el tema de la vida después de la muerte. Jesús les corrigió duramente haciéndoles ver que no conocían ni las Escrituras ni la fuerza de Dios. Entonces, uno de los fariseos que había escuchado la discusión y la derrota que Jesús había infringido al partido adversario, se acerca ahora a Jesús, queriendo someter a su juicio una cuestión muy debatida en las escuelas rabínicas: cuál era el mandamiento principal de la Ley. Las opiniones eran muchas, pero predominaba la que mantenía que la observancia del sábado tenía tanto peso como todos los demás mandamientos juntos: era el mandamiento que resumía en sí toda la Ley¹.

Hasta ahora se habían presentado grupos, ahora lo hace un individuo, un letrado, que, según el esquema de Marcos, es fariseo. En dos ocasiones² han sido letrados de Jerusalén los que han vigilado la actividad de Jesús y se han opuesto a ella. Este hombre es una excepción. Aunque pertenece al círculo de los adversarios de Jesús, su conciencia personal domina sobre su pertenencia al grupo dirigente. No pretende comprometer a Jesús, sino que, al ver la maestría con que interpreta la Escritura, busca solución a esa cuestión tan debatida. El fondo de su pregunta es éste: «qué es lo más importante para Dios según la tradición de Israel, cuál es la expresión suprema de su voluntad y lo primario en el comportamiento del hombre».

Jesús comienza su respuesta haciendo suyo el llamamiento a Israel del Deuteronomio de la Primea Lectura: «*Escucha, Israel*». Es Dios mismo quien está hablando ahora por boca de Jesús con las palabras del Antiguo Libro. Jesús no solamente va a enunciar el mandamiento, no solo va a repetirlo, sino que va a proclamarlo, tomando la exhortación de Moisés al pueblo; pero no nombra a Moisés ni cita explícitamente la Escritura, hace un llamamiento personal suyo, que es una invitación implícita a la conversión.

Recuerda a todo Israel que su único Señor es Dios, no los dirigentes que explotan al pueblo como usurpadores de la viña de aquella parábola que les narró³; ni tampoco es el César que

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *Marcos. Texto y comentarios*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1994

² Cfr. Mc 3,22; 7,1

³ Cfr. Mc 12, 1-12

los somete, que aparecía en aquella moneda que le presentaron⁴; ni el dios de muertos que defendían los saduceos al no creer en la resurrección⁵. El único Señor es Dios.

Pero rectifica la pregunta del letrado, porque en la Antigua Alianza no había un solo mandamiento principal, sino dos, pues el amor-fidelidad a Dios era inseparable del amor-lealtad al prójimo. Para ser verdadero, el amor a Dios tenía que traducirse en amor al hombre.

Dios era el valor absoluto, porque hay que amarlo «*con todo tu corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas tus fuerzas*»; el hombre, **valor relativo** («*como a ti mismo*»), pero el mandamiento tendía a crear una sociedad de iguales.

Con la afirmación «*no hay ningún mandamiento mayor que éstos*» relativiza Jesús todos los demás, que aparecen como secundarios. Son estos dos los que deben regular la vida del israelita, y la de todo aquel que, a partir de ahora, pretenda seguirlo; ninguna otra práctica es esencial. Del amor a Dios se deriva el amor al hombre, su imagen. Jesús echa así abajo la pretensión de muchas piedades religiosas, entre ellas la farisea, que pretenden honrar a Dios olvidándose del hombre.

El letrado, al decir «*muy bien*» manifiesta su pleno acuerdo con Jesús y ahora, ante la respuesta de éste, lo llama «*Maestro*». Funde en un solo bloque la relación con Dios y con el prójimo y explicita que el culto religioso según la Ley pierde su importancia frente a estos mandamientos. Invierte la escala de valores existente, según la cual el objetivo primordial de la vida del hombre era dar culto a Dios; se alinea con los profetas contra los sacerdotes que decía Oseas: «*misericordia quiero, no sacrificios; conocimiento de Dios, no holocaustos*»⁶. En el templo, donde están Jesús y el letrado, se pretende dar culto a Dios postrando al desvalido y eliminado el amor al prójimo.

Jesús aprecia la respuesta del letrado, viendo que es un hombre a quien interesa la verdad. Quien está por el bien del hombre no está lejos del Reino. Jesús abre al letrado el horizonte del reinado de Dios, que deja atrás toda la antigua época. Al decirle «*no estás lejos del Reino de Dios*» indica en sus palabras una invitación implícita a seguir por el camino, porque es como si le dijera que debería buscar mayor cercanía. La dificultad está en que el letrado quiere ser fiel a Dios, pero dentro de su tradición de la Antigua Alianza, sin deseo de novedad. Ha reconocido en Jesús un maestro, pero no le da su adhesión como Mesías.

Es, por tanto, imposible estar en oración, imposible realizar nuestro culto y a la vez olvidarnos de nuestro hermano. La materialización de nuestro amor a Dios es el amor a nuestro hermano; nuestro servicio a Dios se hace palpable y creíble en el servicio a nuestro hermano. Desembarazarnos de uno de estos dos amores no es estar en la órbita de Jesús; para un seguidor de Jesús los dos amores se implican mutuamente, pero la evidencia del amor al Dios que no vemos se hace patente en el hermano al que vemos.

⁴ Cfr. Mc 12,16

⁵ Cfr. Mc 12,27

⁶ Cfr. Os 6,6